



“LA VOZ DEL INVALIDO”
*“No de ilusiones que halagan
 te hablaré, ni de moral
 quiero que no hagas mal
 ni dejes que te lo hagan”.*

*“Es la corte cosa brava,
 todos mal de todos piensan.
 Los enemigos comienzan
 donde la nariz acaba”.*

ANTONIO PLAZA

LA COFRADIA

“EN ESTE MUNDO TRAIOR
 NADA ES VERDAD NI MENTIRA
 TODO ES SEGUN EL COLOR
 DEL CRISTAL CON QUE SE MIRA”.

*“Tú allí, con muy buenos modos
sé expansivo, sé jovial,
de todos piensa muy mal,
pero habla muy bien de todos”.*

*“Que mascarada es completa
la corte que veo con asco,
y sufre allí más de un chasco
quien no toma su careta”.*

ANTONIO PLAZA

I

*“Ni están todos los que son
ni son todos los que están”.*

—Nunca creí que el tiempo transcurriera tan rápidamente y me viera, de pronto, ante el honor, pero también ante la enorme responsabilidad de conducir por este período reglamentario, el destino de nuestro querido club.

—Qué lejos está aquél día venturoso del otoñal mes de noviembre de 1956, cuando invitado gentilmente por mi padrino, el siempre inquieto y activo Manuelito Céspedes, fui honrado en sociedad, tomándoseme la protesta como socio activo de nuestro fraternal y exclusivo “Club de la Cofradía”.

—Desde aquella época, vi pasar, con el transcurso del tiempo, como si fuera un encantador y maravilloso desfile cinematográfico, o como si hojeara, con nostalgia, algún álbum familiar, a buenos, qué diría, muy buenos amigos míos, que a pesar de sus innumerables ocupaciones, se prestaron, con gran desprendimiento, generosidad y desinterés, a entregar, mejor dicho, a ofrendar, un precioso e irrecuperable año de su vida en aras de nuestro club, tales fueron. . .

Ni el aletear de una mosca se escuchaba en esos solemnes momentos en el fastuoso salón de lujo "Los Vitrales", que resplandecía engalanado con sus preciosos adornos que resaltaban la belleza de los enormes rosetones ovalados que representaba cada uno de ellos, magníficas reproducciones de conocidas y famosas obras de la pintura universal y que daban vuelta en semi-círculo, tales como girasoles multicolores, semejjando unos brazos abiertos, suspendidos en el aire a punto de consumir el abrazo; alrededor, cubriendo el espacio desde la alfombra, enormes espejos importados, hacían multiplicarse hasta el infinito, con inmaculada claridad, las elegantes figuras de las damas enjoyadas, que lucían peinados originales y modelos exclusivos; arriba, las gigantescas arañas de purísimo y sonoro cristal checoeslovaco, hacían guiños con sus matices tornasolados a los caballeros de etiqueta, guiños que a veces se antojaban procaces. "Los Vitrales", era el esplendoroso y obligado marco tradicional, para la célebre transmisión de poderes y formaba parte del gran hotel "Tulipanes de Oro", propiedad de "La Cofradía".

La mirada un tanto altiva y positivamente orgullosa de Laura Belgrano de Velasco, se posaba embelesada en el impecable rostro de su esposo, el ahora emocionado y ungido presidente del renombrado y mundialmente famoso club de servicio.

—Por fin llego al más alto puesto, a lo máximo, se repetía regodeándose mentalmente—, porque ahora ella también, automáticamente, pasaba a ser la presidenta de todas las aristocráticas (¿todas?) señoras de aquella exclusivísima élite.

Ricardo de Velasco se estiró, con un tic nervioso, el cuello de su alba camisa, alisándose la solapa del pulcrísimo smoking blanco y con voz un poco engolada continuó: —a todos ellos, (se refería a los ex-presidentes que acababa de nombrar) a todos ellos —repitió con énfasis— justo es decirlo y reconocerlo, se les debió ese impulso vigoroso, del que aún en estos tiempos nos sentimos influenciados, por su sincera entrega y dinamismo, por haber redoblado esfuerzos y por haber llevado con elegancia y orgullo nuestra luminosa

banderola de amistad y servicio a la comunidad. A todos ellos, repito, en unión de su fieles y abnegadas esposas, ese tierno y fecundo ramillete de inspiración en nuestras obras, es nuestro propósito firme, honrarlos en este mi año de ejercicio en la presidencia, brindándoles un justo homenaje, como merecido galardón, al jirón de vida que dejaron en el club; y así como recordaremos a los vivos, también volveremos nuestro pensamiento hacia aquellos socios ausentes que nos han dejado. En su oportunidad, rendiremos a la ilustre memoria de todos ellos, un tributo, que será como una flor de siempreviva en su recuerdo.

—En las actividades materiales, procuraremos, con la muy necesaria e imprescindible ayuda de todos ustedes, construir, de acuerdo con nuestra gloriosa tradición, el que será el Anexo Social No. 28, para que junto con las demás obras realizadas por las anteriores directivas, sirva de testimonio en la gran y humanitaria labor que realiza "La Cofradía" por el mundo entero; obras hermosas y humanas que como un haz preñado de ilusiones y esperanzas, va dejando la huella en su incesante peregrinar, como eterna nochebuena milagrosa, aquí una poca de luz a los ciegos, allá, una escuela modesta al niño pobre ávido de saber; en ocasiones, un taller de bordado o de costura que adiestrará las manos a la pequeña carente de recursos y qué sé yo, un dispensario, unas máquinas de coser, unas herramientas, unos libros, en una palabra, dar, dar y volver a dar, y no solamente obras materiales, porque el dar y el bien se conjugan en acciones que nacen del corazón; así consolamos y ayudamos a nuestro semejante: restañando una herida, brindando una caricia al huérfano, protegiendo al angustiado, confortando al enfermo y en última instancia, si no tenemos más, alargando con humildad nuestra mano y dando un sincero saludo al prójimo, ya que estos nobles sentimientos, el dinero no los puede proporcionar. . .

Laura Belgrano, estaba a un paso del histerismo, jamás había creído que su esposo hubiera podido aprenderse de memoria su bien hilvanado discurso y además qué bien, pero qué bien, con qué entonación y con cuanta emoción estaba di-

ciéndolo, no cabía duda que Ricardo los tenía a todos cautivados, presos, hechos añicos. . .

Algunas damas, con sumo cuidado, para no maltratar su tocado, llevaban a la orilla de la ranura de sus pintados ojos, la puntita del fino pañuelito para contener la lágrima que echaría a perder su maquillaje (¡qué Ricardo tan desconsiderado!), algunos socios tragaban gordo, los más viejos suspiraban y hasta había señoras que francamente sollozaban.

— . . . Finalmente, permítanme decir a ustedes, que en estos tiempos de inquietudes, de zozobras, de metamorfosis, de contradicciones; tiempos en que los verdaderos e inmutables valores eternos, parecen perder su significado y se diluyen en el caos y la confusión, las cosas, las virtudes verdaderamente grandes: la fe, la bondad, las buenas acciones, la caridad, el perdón, lo real y positivamente auténtico, no cambiará jamás su contenido: las flores y los pájaros, los crepúsculos y las auroras, siempre estarán allí, ¡como un bello testimonio de la existencia de Dios!

Un atronador, largo, prolongado, nutrido aplauso, puestos de pie, fue el premio que toda la concurrencia brindó a las emotivas palabras de Ricardo, quien apresuradamente se retiró del micrófono para reunirse con su esposa hacia el sitio de honor, en el centro de la mesa. Laura lo recibió emocionadísima hasta las lágrimas y abrazándolo fuertemente le dio un cálido y ostentoso beso en la mejilla, a lo cual él correspondió con otro también efusivo, como demandaba la ocasión. Ahora sí, estaba dispuesto a recibir los parabienes, los abrazos, los elogios, las felicitaciones y los buenos augurios de sus compañeros de club y de sus esposas.

En ese preciso instante recordó fugazmente, por segundos, a un duende imprevisorio e impertinente, a su antiguo condiscípulo José, con su carita triste y su barba crecida por el desaseo. ¿Qué acaso vendría a arrebatarse el gran triunfo que tuvo con el discurso que aquél le preparó? Puso la mente en blanco y se aprestó a recibir las zalamerías de las parejas que hacían doble fila para felicitarlo por su gran éxito.

—Te aventaste manito, estuviste estupendo, es el mejor

discurso que hemos escuchado en toda la historia del club —le dijo a la oreja—, babeando y casi besándolo, el millonario Ruperto Quintanar, quien también, a su vez, había sido uno de los más brillantes y sobresalientes presidentes.

—Laurita, mis felicitaciones, tienes un viejo que es una maravilla, casi me hizo llorar, verás que hermoso año harán juntos— así, melodiosa, con su voz de falsete, que hablando de corrido llegaba a fastidiar hasta el desquiciamiento, la elegante y riquísima Conchita Albatroz de Quintanar, se expresaba gesticulando cómicamente, poniendo sus ojitos en trance y sus labios en una mejilla de Laura.

Detrás de Quintanar, venían los miembros distinguidos del nuevo directorio, los señores consultores: don Torticio del Olivar, el Arq. Marcelo Argüelles, Aurelio R. Calvo, el Lic. Alejandro de Montellano, el secretario Jorge Mendieta, con sus distinguidas esposas, deteniéndose el tiempo preciso, hilvanaban alguna frase ya preparada, que era una nueva y fresca congratulación al nuevo presidente. El Lic. de Montellano le auguró un año pleno de realizaciones que aumentaría la buena fama que el club tenía en el aspecto humano; el Arq. Argüelles, le ofreció colaborar estrechamente poniendo su gran capacidad y experiencia a las órdenes de Ricardo; Aurelio R. Calvo, en su modo brusco y franco, le dijo al presidente que estaba a sus órdenes incondicionalmente sirviéndole a cualquier hora del día o de la noche en la comisión que tuviera a bien conferirle; don Torticio, trastabillando, con ojos vidriosos y hablar pastoso e ininteligible le dijo o pareció decirle que lo tuviera en cuenta a la hora que se necesitara el consejo oportuno, pues él como recién ex-presidente, tenía el colmillo suficiente para “sacar la perra del pozo”, según su muy personal manera de hacerse expresar; Jorge Mendieta el secretario, lo felicitó efusivamente y le ofreció colaborar lealmente en los trabajos del club; más atrás, en larga fila, los demás señores socios, también en compañía de sus respectivas cónyuges, esperaban el momento de abrazar y felicitar al flamante y simpático presidente que los acababa de conquistar con su conmovedora oratoria.

Ricardo, al recibir estos homenajes cariñosos, al sentir-

se abrazado una y otra vez, y al oír el susurro encantador de palabras melosas y halagadoras que hablaban de éxito, de triunfo, de grande, de maravilloso, de lo máximo, sonreía con la más cautivadora de sus sonrisas y se iba acelerando mentalmente de tal modo, que en cada halago, en cada abrazo, empezó a sentir el mareo, el loco delirio de creerse, no solamente un dirigente de un club de postín, sino por segundos gloriosos, en sentirse el propio presidente de la nación. . .

Avezados choferes conducían rápidamente los coches lujosos de los socios para estacionarse, después de trasponer una rampa, en el enorme y espacioso pórtico de entrada del soberbio hotel. Mientras hacían tiempo las parejas para esperar la llegada de sus automóviles, fumaban y platicaban y algunos aún con la copa en la mano, intercambiaban saludos y despedidas. Desde luego los comentarios eran para saber si “habían sido invitados” a la casa del nuevo presidente a terminar la velada, pues era un honor y un privilegio muy especial haber sido convidados a esa fiesta de carácter “muy íntimo”.

Como era ya costumbre en cada cambio de directorio, el nuevo presidente ofrecía en su casa “el último trago” a los miembros ejecutivos, así como a los amigos de más confianza y desde luego a los periodistas acreditados de la fuente de sociales.

El palacete de Ricardo, profusamente iluminado, era un hormiguero de actividad; en el amplio jardín, circundado por una barda protectora que además era de ornato, entre los árboles, el césped y los macizos de bellas flores, esperaban mesas repletas de botellas de coñac, champaña, whisky, ginebra, vodka y vinos generosos importados de Europa, a que los invitados y sus anfitriones se sirvieran de ellas, así como del exquisito buffet, que en mesa aparte, adornada con preciosos arreglos, de frutas y flores, también aguardaba a que se le hicieran los honores correspondientes. Un mariachi sinfónico alegraba el ambiente perfumado de jazmines.

Entre sorbos y nuevas felicitaciones y nuevos brindis por el mayor éxito, Raúl Espronceda, hábil adúlador cronista de

sociales, puso a funcionar su grabadora para oír, de nuevo, el maravilloso discurso, mejor dicho, el mensaje tan humano que dijera el nuevo presidente Ricardo de Velasco.

Ricardo, como entre sueños —dado el gran porcentaje de alcohol que ya circulaba por sus arterias—, oía, medio aturdido, su propia voz, a la vez que escuchaba los cuchicheos halagadores de sus comensales y amigos. Desde luego en la exclusiva lista de invitados a esta especialísima celebración post-toma de presidencia, no figuraba ni remotamente el viejo amigo de la infancia, el medio loco y poeta José, aquél a quien Ricardo, falto de aptitudes para escribir, encomendó la confección del discurso, después de darle detalles sobre lo que era el club y cuáles eran los propósitos y programas que aparecían en sus estatutos. Ricardo al oír los atronadores aplausos y es más, al escuchar repetirlos de nuevo en vivo y ahora de los asistentes, sentía que su pecho se inflaba de vanidad y allá en su interior sentía celos por el verdadero autor, pero se consolaba diciendo para sí mismo que él era muy bueno para los negocios aunque no tuviera gracia para redactar ni tan siquiera una carta comercial. Estaba ensimismado en sus pensamientos cuando de repente, al eco de los últimos palmoteos y vivas, sintió en su cara el fuerte aliento alcohólico de Ruperto Quintanar, quien le propinó un sonoro beso en la mejilla, exaltado por la emoción del momento, dejándole de pasada el agresivo tufo de alimentos en putrefacción y el sudor viscoso y pegajoso de sus labios y cachetes grasientos.

¡Viva nuestro nuevo y gran presidente! gritó Ruperto, rubricando sus palabras con un nuevo abrazo y un nuevo intento de besar a Ricardo, quien logró esquivar al grandulón, pese a la torpeza propia de sus movimientos aletargados por el vino. El mariachi entonó con nuevo vigor una diana en su honor.

Marcelo Argüelles, el arquitecto siempre elegante, siempre sobrio, y en su sitio, también se dejó llevar un poco de la alegría desbordante del momento y obrando contra su manera normal, fue a darle un fuerte abrazo a Ricardo, acompañado como siempre de su bella esposa Clarita, quien tam-

bién lo abrazó estrechándose un poco atrevidamente más de lo convenido, rozando su cara con la de Ricardo y mirándolo tan fascinada como si tuviera cerca de sí a un artista famoso, o a un ídolo, o a un . . . presidente.

*“Allí es el afeite aseo,
sinceridad el cinismo,
la locura excentricismo,
la adulación galanteo”.*

*“Se le llama bueno al bobo,
se llama al miedo prudencia,
se llama a la charla ciencia,
se llama finanza al robo”.*

ANTONIO PLAZA

— II —

*“Los escándalos muertos constituyen
buenos temas para la disección”.*

Lord Byron.

*¿. . . y por qué los escándalos muertos
y no los actuales, que al fin y al
cabo, son los de siempre?*

Clara Solís de Argüelles, hermosa, magnífica, con su fresca y lozana juventud, se encontraba sentada a la orilla de su amplísima cama redonda, hecha a la orden, colocándose en una de sus bien torneadas piernas una fina media color opaco-oscuro, preocupándole en esos instantes, la atinada selección que debería asumir para ponerse —de las docenas que tenía—, el vestido de coctel adecuado que tendría que lucir esa misma tarde en los jardines de “Los Tulipanes” para la ceremonia de cambio de directiva del club de damas que era un apéndice del club de varones. Al pararse súbitamente, la gran luna francesa, que adornaba aquella mullida es-